

El feminismo es para todo el mundo

bell hooks

traficantes de sueños

mapas



© 2000, del texto, bell hooks.
© 2017, de la edición, Traficantes de Sueños.



Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 España
(CC BY-NC-ND 3.0)

Usted es libre de:

 * Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

-  * Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).
-  * No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  * Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

- * Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- * Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.
- * Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:
 - Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
 - Los derechos morales del autor
 - Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.
- * Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Edición original: *Feminism is for everybody: passionate politics*, Nueva York, South End Press, 2000.

Primera edición: mayo de 2017

Título:

El feminismo es para todo el mundo

Autora:

bell hooks

Traductoras:

Beatriz Esteban Agustí, Lina Tatiana Lozano Ruiz,
Mayra Sofía Moreno, Maira Puertas Romo, Sara Vega González

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños [taller@traficantes.net]

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13. C.P. 28012. Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

ISBN: 978-84-947196-1-5

Depósito legal: M-14706-2017

El feminismo es para todo el mundo

bell hooks

traficantes de sueños
mapas

11. Acabar con la violencia

SIN DUDA UNA DE LAS INTERVENCIONES más positivas del movimiento feminista contemporáneo ha sido y sigue siendo el esfuerzo por crear y mantener una mayor conciencia sobre la violencia doméstica, así como sobre los cambios que deben producirse en nuestro pensamiento y nuestra acción si queremos ver su fin. Hoy en día se habla del problema de la violencia doméstica en tantos círculos, desde los medios de comunicación de masas hasta la educación formal, que normalmente se olvida que fue el movimiento feminista contemporáneo la fuerza que destapó y expuso de manera radical la realidad vigente de este problema. Al principio el enfoque feminista sobre la violencia doméstica solo hablaba de la violencia de los hombres contra las mujeres, pero a medida que la discusión se fue ampliando, se vio que la violencia también estaba presente en las relaciones entre personas del mismo sexo (las mujeres en relaciones con otras mujeres pueden ser víctimas de abuso) y que las niñas y los niños eran también víctimas de la violencia patriarcal adulta.

La violencia patriarcal en el hogar se basa en la creencia de que es admisible que un individuo con más poder controle a los demás mediante distintas formas de fuerza coercitiva. Esta definición ampliada de violencia doméstica incluye la violencia de los hombres hacia las mujeres, la violencia entre personas del mismo sexo y la violencia

de las personas adultas contra niñas y niños. El término «violencia patriarcal» es útil porque, al contrario de la expresión más aceptada de «violencia doméstica», recuerda continuamente a quien la oye que la violencia en el hogar está ligada al sexismo y al pensamiento sexista, a la dominación masculina. Durante demasiado tiempo el término violencia doméstica ha sido utilizado como un término «suave» que sugiere que aparece en un contexto íntimo que es privado y, de alguna manera, menos peligroso, menos brutal, que la violencia que se produce fuera del hogar. Esto no es cierto, ya que hay más mujeres maltratadas y asesinadas dentro del hogar que fuera. La mayoría de la gente también tiende a ver la violencia doméstica entre adultos como algo distinto y separado de la violencia contra la infancia, cuando en realidad no lo es. A menudo, niños y niñas sufren abusos al tratar de proteger a su madre cuando está siendo atacada por su marido o pareja masculina, o sufren daños emocionales por presenciar violencia y abusos.

Del mismo modo que la mayoría de la ciudadanía de este país cree que se debería recibir el mismo salario por el mismo trabajo, la mayor parte de la gente cree que los hombres no deberían pegar a las mujeres ni a los niños y niñas. Sin embargo, cuando se les dice que la violencia doméstica es el resultado directo del sexismo y que no terminará hasta que el sexismo se extinga, son incapaces de hacer este salto lógico porque requiere enfrentar y modificar formas esenciales de pensar sobre el género. Cabe destacar que soy una de las pocas teóricas feministas que creen que es crucial para el movimiento feminista tener como objetivo primordial acabar con todas las formas de violencia. El enfoque feminista sobre la violencia patriarcal contra las mujeres debería seguir siendo la preocupación fundamental. No obstante, hacer hincapié en la violencia de los hombres contra las mujeres de tal forma que quedan minusvaloradas las demás formas de violencia patriarcal no es útil al movimiento feminista. Oculta la realidad de que buena parte de la violencia patriarcal se ejerce contra la infancia por parte de adultos sexistas.

En un necesario esfuerzo por llamar la atención sobre la violencia de los hombres contra las mujeres, las pensadoras feministas reformistas con frecuencia retratan a las mujeres única y exclusivamente como víctimas. El hecho de que también algunas mujeres ejerzan violencia sobre los niños y niñas no se resalta igual, ni se percibe como otra expresión de la violencia patriarcal. Ahora sabemos que la infancia sufre violencia no solo cuando son objeto directo de la violencia patriarcal, sino también cuando se ven forzados a ser testigos de actos violentos. Si las pensadoras feministas hubieran expresado su indignación ante la violencia patriarcal ejercida por mujeres y la hubiesen situado al mismo nivel que la violencia de los hombres contra las mujeres, habría sido y sería más difícil que la gente restara atención a la violencia patriarcal por percibirla como un asunto antihombres.

Si bien numerosas encuestas señalan que las mujeres están más predispuestas a usar la no violencia, existen testimonios de personas adultas víctimas de violencia patriarcal por parte de mujeres. Al no poseer la infancia una voz colectiva organizada, es difícil saber la frecuencia de estos casos; si no fuera por la atención médica que requieren los niños y niñas que han sufrido violencia ejercida por mujeres y hombres, puede que no hubiera pruebas que documentaran la violencia de las mujeres.

La primera vez que planteé estas preocupaciones fue en el capítulo «Feminist Movement to End Violence» [Un movimiento feminista para acabar con la violencia] en *Feminist Theory: From Margin to Center*:

La lucha feminista contra la violencia contra las mujeres es indispensable que se entienda como parte de un movimiento más amplio que busca acabar con la violencia. Hasta ahora el movimiento feminista se ha centrado principalmente en la violencia de los hombres y como consecuencia da credibilidad a los estereotipos sexistas que sugieren que los hombres son violentos y las mujeres no; que los hombres son los abusadores y las mujeres las víctimas. Este tipo de pensamiento nos permite ignorar hasta qué punto en esta sociedad las mujeres (junto con los

hombres) aceptan y perpetúan la idea de que es admisible que un partido o un grupo dominante mantenga el poder sobre los sujetos dominados mediante el uso de la fuerza coercitiva. Nos permite pasar por alto o ignorar hasta qué punto las mujeres ejercen autoridad coercitiva sobre otras personas o actúan de manera violenta. El hecho de que las mujeres no cometan actos violentos con tanta frecuencia como los hombres no niega la realidad de la violencia de las mujeres. Si queremos eliminar la violencia, debemos ver tanto a los hombres como a las mujeres de esta sociedad como grupos que apoyan su uso.

Una madre que nunca ejerza violencia de forma directa pero que enseñe a sus hijas e hijos, especialmente a los varones, que la violencia es una forma aceptable de ejercer control social, sigue siendo cómplice de la violencia patriarcal. Su forma de pensar debe cambiar.

Está claro que la mayoría de las mujeres no usa la violencia para dominar a los hombres (aunque un número reducido de mujeres golpee a hombres a lo largo de su vida), pero muchas mujeres creen que una persona que tiene autoridad tiene derecho a usar la fuerza para mantenerla. Una inmensa mayoría de los padres y madres utilizan alguna forma de agresión física o verbal contra niños y niñas. Como las mujeres siguen siendo las principales cuidadoras de la infancia y en ese contexto nuestro sistema jerárquico y nuestra cultura de la dominación da poder a las mujeres (como en la relación materno-filial), estas usan con demasiada frecuencia la fuerza coercitiva para mantener el control. En una cultura de la dominación, todas las personas son socializadas para ver la violencia como un modo aceptable de control social. Los grupos dominantes mantienen el poder a través de la amenaza (se lleve o no a la práctica) de que se aplicará un castigo violento, físico o psicológico, cuando las estructuras jerárquicas establecidas se vean amenazadas, ya sea en las relaciones entre hombres y mujeres o en los vínculos materno o paternofiliales.

La violencia de los hombres contra las mujeres ha recibido mucha atención en los medios de comunicación

de masas (puesta de relieve por procesos judiciales reales como el juicio contra O. J. Simpson), pero su visibilización no ha llevado al público estadounidense a cuestionar las causas subyacentes de esta violencia, a enfrentar el patriarcado. El pensamiento sexista sigue respaldando la dominación masculina y una de sus consecuencias: la violencia. Como multitud de hombres desempleados y de la clase trabajadora no se sienten con poder en sus empleos dentro del patriarcado supremacista blanco, son alentados a sentir que el único lugar donde tendrán toda la autoridad y el respeto es el hogar. Los hombres son aculturados por otros hombres de las clases dominantes para aceptar una posición subordinada en el mundo público del trabajo y para creer que el mundo privado del hogar y de las relaciones íntimas les devolverá la sensación de poder que identifican con la masculinidad. A medida que más hombres han engrosado las listas del desempleo o reciben bajos salarios y más mujeres han entrado en el mundo laboral, algunos hombres sienten que el uso de la violencia es su única manera de establecer y mantener el poder y el dominio dentro de la jerarquía sexista de los roles de género. Hasta que no desaprendan el pensamiento sexista que les dice que tienen derecho a mandar sobre las mujeres por cualquier medio, la violencia de los hombres contra las mujeres continuará siendo la norma.

En las primeras etapas del pensamiento feminista, las activistas se equivocaron al no equiparar la violencia de los hombres contra las mujeres con el militarismo imperialista. No se solía hacer esta comparación porque, en muchos casos, quienes estaban en contra de la violencia de los hombres a menudo aceptaban e incluso apoyaban el militarismo. Mientras el pensamiento sexista siga socializando a los niños varones para ser «asesinos», ya sea en luchas imaginarias entre buenos y malos, ya sea como soldados del imperialismo para dominar al resto de naciones, continuará la violencia patriarcal contra las mujeres y la infancia. En los últimos años, jóvenes de distintas clases sociales han cometido horribles actos de violencia y, aunque han sido condenados de forma unánime, tampoco se ha intentado poner en relación esa violencia con el pensamiento sexista.

Concluí el capítulo sobre violencia del libro *Feminist Theory: From Margin to Center* haciendo hincapié en que los hombres no son las únicas personas que aceptan, consienten y perpetúan la violencia, que crean una cultura de violencia. Insté a las mujeres a asumir su responsabilidad por el papel que desempeñan en la justificación de la violencia:

Al llamar la atención únicamente sobre la violencia de los hombres contra las mujeres o al convertir el militarismo en otra expresión de la violencia de los hombres, no conseguimos abordar correctamente el problema de la violencia y se hace difícil desarrollar estrategias y soluciones viables de resistencia. [...] En ningún caso hay que minimizar la gravedad del problema de la violencia de los hombres contra las mujeres o de la violencia de los hombres contra las naciones o el planeta, pero también debemos reconocer que hombres y mujeres conjuntamente han hecho de Estados Unidos una cultura de la violencia y debemos trabajar codo con codo para transformar esa cultura. Mujeres y hombres deben oponerse al uso de la violencia como forma de control social en todas sus manifestaciones: la guerra, la violencia de los hombres contra las mujeres, la violencia de las personas adultas contra la infancia, la violencia adolescente, la violencia racial, etc. Los esfuerzos feministas para terminar con la violencia de los hombres contra las mujeres deben ampliarse a un movimiento que busque acabar con todas las formas de violencia.

Y es especialmente importante que las madres y los padres aprendan a criar de formas no violentas, porque nuestras niñas y nuestros niños no se alejarán de la violencia si es la única manera que conocen de gestionar situaciones difíciles.

En nuestro país miles de personas están preocupadas por la violencia pero rehusan relacionarla con el pensamiento patriarcal o la dominación masculina. El pensamiento feminista ofrece una solución y depende de nosotras ofrecer esa solución a todo el mundo.

12. Masculinidad feminista

CUANDO EL MOVIMIENTO FEMINISTA contemporáneo empezó a andar, había una feroz facción antihombres. Muchas mujeres heterosexuales llegaron al movimiento desde relaciones en las que los hombres eran crueles, desagradables, violentos e infieles. Algunos de ellos eran pensadores radicales que participaban en movimientos por la justicia social y hablaban en nombre de los trabajadores y los pobres, o sobre justicia racial. Pero en lo que se refería a la cuestión del género eran tan sexistas como los conservadores. Algunas mujeres llegaron rabiosas por esas relaciones y utilizaron esa rabia como catalizador para la liberación de las mujeres. A medida que el movimiento fue avanzando y el pensamiento feminista fue evolucionando, algunas activistas feministas visionarias entendieron que los hombres no eran el problema, que el problema estaba en el patriarcado, el sexismo y la dominación masculina. Era difícil enfrentarse a la realidad de que el problema no radicaba solo en los hombres. Hacerlo requería una teorización más compleja; requería admitir el papel que desempeñan las mujeres en el mantenimiento y la perpetuación del sexismo. A medida que más mujeres se alejaban de relaciones destructivas con hombres era más fácil ver la imagen completa. Se hizo evidente que incluso si algunos hombres se desprendían de los privilegios del sistema patriarcal, el sexismo y la dominación masculina

permanecerían intactos y las mujeres seguirían estando explotadas u oprimidas.

Los medios de comunicación de masas conservadores representaban constantemente a las feministas como mujeres que odiaban a los hombres. Y cuando había una facción o sentimiento antihombres en el movimiento, lo resaltaban como una manera de desacreditar al feminismo. Como parte del retrato de las feministas como mujeres que odiaban a los hombres, también decían que todas las feministas eran lesbianas. Al apelar a la homofobia, los medios de comunicación intensificaron el sentimiento antifeminista entre los hombres. Antes de que el movimiento feminista contemporáneo cumpliera diez años, las pensadoras feministas empezaron a hablar de cómo perjudicaba a los hombres el patriarcado. Sin modificar nuestra encarnizada crítica a la dominación masculina, la política feminista se amplió para incluir el reconocimiento de que el patriarcado arrancaba ciertos derechos a los hombres al imponerles una identidad masculina sexista.

Los hombres antifeministas siempre han tenido una potente voz pública. Los hombres que temían y odiaban el pensamiento feminista y a las activistas feministas no tardaron en aunar su fuerza colectiva y atacar al movimiento. Pero desde los inicios del movimiento, también hubo un pequeño grupo de hombres que reconoció que el movimiento feminista era un movimiento por la justicia social tan válido como todos los demás movimientos radicales de la historia de nuestro país que habían apoyado los hombres. Estos hombres se convirtieron en camaradas de nuestra lucha y en nuestros aliados. Con frecuencia, algunas mujeres heterosexuales activas en el movimiento tenían relaciones íntimas con hombres que estaban luchando por asumir el feminismo; si estos hombres no afrontaban el reto de convertirse al pensamiento feminista, corrían el riesgo de que acabara su relación.

A las facciones antihombres dentro del movimiento feminista les molestaba la presencia de hombres antisexistas, porque contrarrestaba la idea de que todos los hombres son opresores o de que todos los hombres odian a las mujeres. Polarizar a hombres y mujeres y encasillarnos en

categorías claras de opresor/oprimida promovía los intereses de las mujeres feministas que buscaban una mayor movilidad de clase y acceso a formas de poder patriarcal. Retrataban a todos los hombres como el enemigo para representar a todas las mujeres como víctimas. Poner el foco en los hombres desviaba la atención sobre los privilegios de clase de algunas activistas feministas, así como de su deseo de aumentar su poder de clase. Estas activistas, que invitaban a todas las mujeres a rechazar a los hombres, se negaban a fijarse tanto en los vínculos afectivos que las mujeres compartían con los hombres como en los lazos económicos y emocionales (independientemente de que fueran positivos o negativos) que ataban a las mujeres a los hombres sexistas.

Las feministas que pedían que se reconociera a los hombres como camaradas en la lucha nunca recibían la atención de los medios de comunicación de masas. Nuestro trabajo teórico, que criticaba la demonización de los hombres como el enemigo, no cambió la perspectiva de las mujeres que eran antihombres. Y las representaciones negativas de la masculinidad dieron pie al desarrollo de un movimiento de hombres que era antimujeres, y que reflejaba de muchas maneras los aspectos más negativos del movimiento de mujeres. Al escribir sobre el «movimiento de liberación de los hombres» llamé la atención sobre el oportunismo en el que se apoyaba:

Estos hombres se identificaban a sí mismos como víctimas del sexismo y trabajaban para liberar a los hombres. Identificaban los rígidos roles sexuales como el origen principal de su victimización y, aunque querían cambiar la noción de masculinidad, no estaban especialmente preocupados por la explotación sexista y la opresión de las mujeres.

Aunque las facciones antihombres nunca fueron numerosas dentro del movimiento feminista, ha sido difícil cambiar la imagen de las feministas como mujeres que odian a los hombres en el imaginario colectivo. Por supuesto, caracterizar al feminismo como un movimiento que odia a

los hombres permitía a los hombres desviar la atención de su responsabilidad en el mantenimiento de la dominación masculina. Si la teoría feminista hubiese ofrecido visiones más liberadoras de la masculinidad, nadie habría podido rechazar al movimiento por considerarlo antihombres. La teoría feminista no solo no abordaba de manera efectiva la cuestión de qué pueden hacer los hombres para ser antisexistas sino que tampoco explicaba en qué consistiría una masculinidad alternativa; y ello alejó, de forma preocupante, a muchos hombres y mujeres. Con frecuencia, la única alternativa a la masculinidad patriarcal presentada por el movimiento feminista o por el movimiento de hombres eran hombres que se volvían más «femeninos». La idea de lo femenino que se evocaba procedía del pensamiento sexista y no representaba una alternativa al mismo.

Lo que era y sigue siendo necesario es una visión de la masculinidad en la que la autoestima y el amor a uno mismo como ser único formen la base de la identidad. Las culturas de la dominación atacan la autoestima y la sustituyen por una idea de que obtenemos nuestro sentido de ser a partir del dominio de otros y otras. La masculinidad patriarcal enseña a los hombres que su conciencia de sí mismos y su identidad, su razón de ser, reside en su capacidad para dominar a otros y otras. Para cambiar esto, los hombres deben criticar y desafiar la dominación masculina sobre el planeta, sobre hombres con menos poder, sobre mujeres, niñas y niños; y también deben tener una visión clara de qué podría ser una masculinidad feminista. ¿Cómo transformarse en algo que no puedes imaginar? Las pensadoras y los pensadores feministas todavía tienen que desbrozar esa imagen.

Como sucede a menudo en los movimientos revolucionarios por la justicia social, se nos da mejor nombrar el problema que visualizar la solución. Sabemos que la masculinidad patriarcal anima a los hombres a ser patológicamente narcisistas, infantiles y psicológicamente dependientes de los privilegios que reciben (por muy relativos que sean) por el simple hecho de haber nacido hombres. Muchos hombres sienten que sus vidas se ven amenazadas si se les priva de esos privilegios, al no haber

estructurado otra identidad central significativa. Este es el motivo por el que el movimiento de hombres intentó enseñar a los hombres cómo volver a conectar con sus sentimientos, recuperar al niño interior perdido y alimentar su alma, su crecimiento espiritual.

No hay mucha literatura feminista dirigida a los chicos, que les haga saber cómo pueden construir una identidad que no esté arraigada en el sexismo. Los hombres antisexistas no han trabajado propuestas educativas de cara al desarrollo de una conciencia crítica centradas en la infancia masculina o en los chicos adolescentes. Como consecuencia de esta laguna, ahora que se está prestando atención a nivel nacional a los debates sobre la educación de los niños varones, las perspectivas feministas rara vez o prácticamente nunca forman parte del debate. De manera trágica, estamos presenciando un resurgimiento de supuestos misóginos dañinos, como que las madres no pueden educar hijos varones sanos, o que los niños varones «se benefician» de las nociones patriarcales y militaristas de la masculinidad ya que hacen hincapié en la disciplina y en la obediencia a la autoridad. Los niños necesitan una autoestima sana. Necesitan amor. Y una política feminista sabia y amorosa puede ser lo único capaz de salvar las vidas de los niños varones. El patriarcado no los curará; si así fuera, ya estarían todos bien.

La mayoría de los hombres de este país se sienten preocupados por la naturaleza de su identidad. A pesar de que se aferran al patriarcado, empiezan a intuir que es parte del problema. La falta de empleo, la insatisfacción ante el trabajo asalariado y el aumento del poder de clase de las mujeres han hecho difícil saber cuál es su sitio a los hombres no ricos y no dominantes. El patriarcado capitalista supremacista blanco no puede proporcionar todo lo que ha prometido. La angustia de muchos hombres proviene de su incapacidad de abrazar las críticas liberadoras que podrían permitirles afrontar el hecho de que esas promesas están basadas en la injusticia y en la dominación y de que incluso cuando se cumplen tampoco conducen a los hombres a la «gloria». Al criticar las bases de su posible liberación a la vez que reinscriben las formas de pensar del

patriarcado capitalista supremacista blanco —que ahogan su espíritu—, están tan perdidos como muchos niños.

Una visión feminista que incorpore la masculinidad feminista, que acoja a los niños varones y a los hombres y que exija en su nombre todos los derechos que deseamos para las niñas y las mujeres puede constituir un nuevo hombre estadounidense. En primer lugar, el pensamiento feminista nos enseña a todas las personas cómo amar la justicia y la libertad de tal modo que promuevan y reafirmen la vida. Está claro que necesitamos nuevas estrategias, nuevas teorías, nuevos caminos que nos muestren cómo crear un mundo en el que prospere la masculinidad feminista.